

ISBN 978-987-688-146-3

e-book



1ras. Jornadas Nacionales de Historiografía

Claudia Harrington y Eduardo Escudero

Compiladores

26 y 27 de Noviembre de 2015

Departamento de Historia - Facultad de Ciencias Humanas
Universidad Nacional de Río Cuarto

UniRío
editora

1ras. JORNADAS
NACIONALES DE HISTORIOGRAFÍA
Actas

Claudia Harrington
Eduardo Escudero
(Compiladores)



Universidad Nacional de Río Cuarto
Río Cuarto — Córdoba - Argentina

1ras. Jornadas Nacionales de Historiografía : Actas / Ángel Oliva ...
[et al.] ; compilado por Eduardo Escudero ; Claudia Harrington. -
1a ed. - Río Cuarto : UniRío Editora, 2015.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-688-146-3

1. Historiografía. 2. Actas de Congresos. 3. Historia. I. Oliva, Ángel II. Escudero, Eduardo, comp. III.
Harrington, Claudia, comp.
CDD 907.2

1ras. JORNADAS NACIONALES DE HISTORIOGRAFÍA
Actas

Claudia Harrington y Eduardo Escudero (*Compiladores*)

2015 © *UniRío editora*. Universidad Nacional de Río Cuarto
Ruta Nacional 36 km 601 – (X5804) Río Cuarto – Argentina
Tel.: 54 (358) 467 6309 – Fax.: 54 (358) 468 0280
editorial@rec.unrc.edu.ar / www.unrc.edu.ar/unrc/comunicacion/editorial/

Primera edición: Noviembre de 2015

ISBN 978-987-688-146-3

Ilustración de tapa: Johannes Vermeer, *The Art of Painting*, 1666, óleo sobre lienzo, 120 x 100 cm.



Este obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución 2.5 Argentina.

http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/ar/deed.es_AR

Memoria y Experiencia Histórica en la filosofía de Walter Benjamin

-María del R. Blanco y Héctor R. Bentolila-
[Universidad Nacional del Nordeste]
(hbentolila.40@gmail.com)

La memoria invade hoy el espacio público de las diferentes sociedades occidentales. La proliferación de museos, conmemoraciones, novelas y películas dedicadas a cuestiones históricas entre otras manifestaciones culturales, destacan frecuentemente esta temática. Observamos cómo el pasado se instala permanentemente en el presente, hasta suscitar casi una obsesión o moda conmemorativa, reforzada muchas veces desde la política y abonada por los medios masivos de comunicación. La memoria sobreabunda y hasta satura la realidad que nos rodea, a tal punto, que actualmente todo se transforma en ella. El recuerdo del pasado se transforma en memoria colectiva, mientras la selección y reinterpretación de los momentos recordados abre la vez interrogantes éticos, filosóficos e históricos sobre la utilización que el historiador puede hacer de ellos o sobre su conveniencia política para el presente.

A ello hay que agregar que a menudo, el retorno a acontecimientos de la historia reciente, revividos como momentos trascendentes o “épicos” de una experiencia que ha dejado huellas en la conciencia colectiva, genera valoraciones opuestas y contradictorias del pasado convirtiéndola tarea de la historia en una empresa a la vez compleja y problemática. Es que en el proceso de apropiación y reapropiación del hecho histórico, el recuerdo del mismo, por un lado, transforma la memoria en un objeto de consumo, y por otro, convierte el pasado real o mítico en centro de referencia obligado para la construcción de prácticas que buscan reforzar la cohesión social de un grupo o brindar legitimidad al grupo de poder dominante.

Frente a esta situación nos preguntamos ¿De dónde procede esta obsesión por el pasado que condiciona nuestra relación con él y nuestra concepción de la historia? ¿A qué experiencia alude esa recurrente insistencia en volver sobre los hechos acaecidos con la pretensión de encontrar en ellos algún sentido que justifique nuestro presente? ¿Son la memoria y el recuerdo dos manifestaciones diferentes del pasado o más bien implican momentos complementarios de una misma experiencia histórica?

En lo que sigue procuramos responder estos interrogantes desde la filosofía de Walter Benjamin mediante una aproximación a sus consideraciones sobre la memoria, el recuerdo y la experiencia histórica. Para ello nos referimos en un primer momento a la crisis de la experiencia que el filósofo denuncia como un rasgo característico de la época moderna y a la distinción que establece entre experiencia transmitida y experiencia vivida como modalidades de la experiencia histórica. En un segundo momento, nos dirigimos a exponer el “carácter único” (*Tesis 16*) que para Benjamin tiene la experiencia histórica en relación con la memoria, el recuerdo y sus formas de expresión: la narración y la crónica historiográfica. En las reflexiones finales esperamos mostrar que la filosofía de Benjamin, concebida como filosofía de la experiencia, abre la posibilidad de una experiencia de la historia como trabajo creativo de la memoria.

Crisis de la experiencia, experiencia transmitida y experiencia vivida

Desde sus obras tempranas el tema que moviliza el pensamiento de Benjamin es la experiencia. Lo que está claro para él; lo que le inquieta de la experiencia es que su cotización se encuentra “en baja” en el mundo moderno (1989, 167). El síntoma visible de este debilitamiento es la constante remisión de las experiencias que se tiene no se comparten con otros a un suceso que transcurre cada vez más fuera del sujeto, en la ciencia y en la técnica. El dato característico de este giro es que las experiencias de las que todo el mundo habla son aquellas que se hacen o se fabrican siguiendo el modelo universal de las producciones científicas. Benjamin ve reflejada en esta condición la crisis de la experiencia en general, cuyo concepto fuera reducido desde Kant a la noción más pobre y ruin derivada de la ciencia empírica en el sentido del caso y el experimento (Benjamin: 1999, 76-77). En este sentido, el pensador judío considera que una nueva pobreza amenaza al hombre de su tiempo, precisamente a ese hombre que, paradójicamente, representa a “una generación que de 1914 a 1918 ha tenido una de las experiencias más atroces de la historia universal” (1989: 167-168). Efectivamente, la primera guerra mundial abrió para él un proceso que “desde entonces no ha llegado a detenerse”: el preciso y paulatino declinar del arte de contar historias, de comunicar y transmitir enseñanzas. Y es que como pudo constatarse entonces “las gentes volvían mudas del campo de batalla. No enriquecidas, sino más pobres en cuanto a experiencia comunicable”. La situación, para Benjamin, no tenía nada de raro ni de extraño, ya que como él mismo afirma “jamás ha habido experiencias tan desmentidas como las estratégicas por la guerra de trincheras, las económicas por la inflación, las corporales por el hambre, las morales por el tirano” (168).

Por otro lado, la alusión a la guerra tampoco es casual pues la pobreza que Benjamin indica al referirse a la experiencia es antes que nada pobreza histórica, es decir, ausencia de acontecimientos que dejen huellas en la conciencia social, de acciones heroicas y gestos ejemplares que una generación pueda legar a otra, con autoridad, en proverbios o en una narración. Desde luego, esto no quiere decir que no haya historias sobre las cuales informar, ni experiencias de las que hablar, lo que sucede es que ellas se viven como algo ajeno al presente e independiente de nuestras propias experiencias. Al respecto, Giorgio Agamben comenta que esas historias o experiencias se efectúan tan fuera del hombre que, curiosamente, él puede quedarse frente a ellas “contemplándolas con alivio”. La prueba más contundente de esto es que en cualquier visita a un museo, o ante un monumento o maravilla históricos, la “mayoría de la humanidad se niega a adquirir una experiencia”. En lugar de ello, prefieren que “la experiencia sea capturada por la máquina de fotos” (Agamben: 2004, 10), o que los fragmentos históricos se sinteticen en la unidad del relato o de la imagen por la novela y el cine.

La pérdida de experiencias denunciada por Benjamin es reforzada por el proceso de racionalización del mundo moderno que Max Weber describe como fenómeno característico de las sociedades capitalistas modernas. Al colonizar las esferas de sentido de los “mundos de la vida” tradicionales con la imagen de una historia universal sobrepuesta a la historia natural, dicho proceso destruye la singularidad de esas historias y arrasa con la memoria colectiva que le da identidad. Convierte el relato de sus historias, sus monumentos y su cultura -comunicados mediante la transmisión de experiencias- en documentos de barbarie para una historia científica que se los apropia como objetos o reliquias del pasado. El desencantamiento del mundo que ello trae consigo es proporcional a la transformación de una conciencia histórica que, a partir de ese momento, rompe sus lazos con el pasado y creyendo haberse liberado de sus efectos, cree poder volver a recuperarlo en el presente,

incontaminado y puro, reviviendo cada época en una suerte de empatía repetida capaz de capturar su esencia.

Benjamin cuestiona este proceder que hace de la historia una ciencia positiva imponiendo una lectura objetiva de los hechos, donde el pasado es presentado de modo estático como un conjunto de eventos unidos causalmente y reproducibles históricamente en tanto momentos necesarios de una inconcluyente marcha hacia el progreso. El autor de las *Tesis de filosofía de la historia*, critica este proceder, característico del historicismo, no sólo en cuanto a su modo de comprender la historia -en lo que ésta tiene de complicidad con la visión dominante de los vencedores-, sino en especial en su forma de concebir la experiencia y el tiempo históricos. De esta manera, sintetizando la tradición mesiánica del judaísmo con las aspiraciones revolucionarias de la crítica marxista de la historia, opondrá al historicismo una variante “dialéctico-estética” del materialismo histórico. Según esta, la historia no es el acontecer homogéneo del espíritu que se afirma positiva y progresivamente resolviendo sus contradicciones en un despliegue “orgánico” de sus posibilidades inmanentes. Al contrario, la historia natural -opuesta a la historia científica- es heterogénea y discontinua: su desarrollo es fragmentario y está plagado de tensiones y luchas sociales cuya comprensión exige del historiador una actitud constructiva. Con ella ha de ser capaz de ver en cada momento del devenir histórico una posibilidad de realización diferente del pasado, y en esas posibilidades, distinguir aquellas que fueron truncadas de las que finalmente se desarrollaron. Por eso, para Benjamin, la dialéctica de ese devenir no tiene como fin superar las desviaciones, los actos fallidos y los conflictos, mediante el expediente idealista de subsumirlos orgánicamente en el continuum de un tiempo uniforme y cerrado. En la medida en que ella aspira solo a mostrar las contradicciones de la historia, actualizando en el presente la totalidad del pasado como conjunto de proyectos alternativos de futuros posibles, el método de la dialéctica benjaminiana asume la forma de una “dialéctica en suspenso”.

La categoría clave de la dialéctica suspendida que propone Benjamin es su concepto de “imagen dialéctica”. En torno a este concepto, la experiencia histórica es asumida en su totalidad como una relación compleja entre el pasado y el presente en el que la conexión de ambos no está nunca “dada de antemano, ni existe de por sí ya determinada por la simple y lineal sucesión de hechos” (Díaz, A.: 2002, 100) que la crónica historiográfica registra acumulativamente. De lo que se trata en dicha experiencia es de romper con el pasado transmitido por los monumentos del relato oficial; de escuchar y estar atentos a las voces que narran los olvidos a través de los cuales se legitima la imagen universal y verdadera de la historia de los vencedores. Para ello, el materialismo histórico dice Benjamin se revela contrario al procedimiento positivista e historicista de la empatía; de la compenetración con el fenómeno o la época estudiados. Como sostiene Aguirre Rojas (2008, 6) comentando la *Tesis 7*, lo que el historicismo olvida es que “esa compenetración y empatía con la época es siempre también empatía con los vencedores”. Pues en su opinión, que compartimos, la especificidad del hecho histórico que la historiografía positivista desea captar de esta manera “es la misma especificidad de la situación que decidió la victoria de las clases y de los grupos que hoy dominan” (2008, 7). La visión de la historia que resulta de ello, “sólo ve un lado de la batalla, y justamente, aquel que legitima la actual explotación y avasallamiento de los oprimidos”. El materialismo histórico se distancia por tanto, lo más posible de la transmisión de esta historia, y en lugar de eso, sostiene Benjamin: “Considera cometido suyo pasarle a la historia el cepillo a contrapelo” (1989: 181).

En este sentido, el autor de las *Tesis* distingue la experiencia transmitida, aquella que una generación narra a otra y a partir de la cual se configura finalmente la identidad del grupo en la larga duración (Brondel: 2000), de la experiencia vivida, individual y subjetiva que caracteriza la vida moderna. A esta experiencia, el pasado se le escapa siempre, pues,

al hacer de él un objeto de estudio y de culto, solo puede reflejarlo abstractamente como acumulación de ruinas que justifican el presente en tanto resultado final de la marcha infinita hacia el progreso. “La verdadera imagen del pasado -dice Benjamin- transcurre rápidamente”, razón por la cual, el historiador materialista sólo puede retenerla “en cuanto imagen que relampaguea, para nunca más ser vista, en el instante de su cognoscibilidad” (*Tesis 5*: 1989, 180). Frente a esto, la crónica como dispositivo de registro y cuenta de los hechos fracasa. Ella sólo puede dar cuenta de una verdad: “que nada de lo que una vez haya acontecido puede darse por perdido para la historia” (*Tesis 3*). Pero conocer dicha verdad no implica conocer cada hecho “tal y como verdaderamente ha sido”. Todo lo contrario, significa articular creativamente el pasado, esto es, “adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro” (178). Justamente, ese instante en el que el acontecimiento pudo haber tomado otra vía, otro rumbo del que nos ha llegado hasta hoy. Por eso para Benjamin la experiencia que el presente efectúa del pasado transcurre en un tiempo no lineal ni continuo, sino en un “tiempo ahora” que interrumpe el tiempo objetivo y conmensurable de los relojes para dar lugar a un tiempo pleno en el que todo el pasado puede volver subrepticamente, de manera imprevista e inconsciente. Así como antes hicieran algunos revolucionarios franceses, luego del anochecer del primer día de lucha, al disparar sobre los relojes de las torres, así también, el historiador ha de disparar sobre el tiempo heredado, homogéneo y vacío, para dar paso al tiempo significativo y discontinuo de las acciones humanas. Sólo en este tiempo, el materialismo puede plantearse una experiencia con el pasado que es única, mientras deja a los demás “malbaratarse cabe la prostituta ‘Era-se una vez’ en el burdel del historicismo” (*Tesis 16*: 1989, 189).

En ese tiempo-ahora, en el que el pasado puede advenir sin ser convocado a la manera del “tiempo involuntario” de Proust, los collages surrealistas o la correspondencias de Baudelaire; en la discontinuidad abierta por este tiempo, el trabajo de la historiografía materialista, si puede haber tal cosa, se deja gobernar por un principio constructivo. “No solo el movimiento de las ideas -sostiene Benjamin-, sino que también su detención forma parte del pensamiento” (*Tesis 17*). Y es en ese instante en el que el historiador entrenado en la perspectiva materialista puede “hacer que una determinada época salte del curso homogéneo de la historia; y del mismo modo hacer saltar a una determinada vida de una época y a una obra determinada de la obra de una vida” (190). Esto no es posible en la modalidad aditiva del recuerdo, en la que el pasado es revivido de manera repetida y mecánica, sino solo en la modalidad conmemorativa de la memoria o a través de actualizaciones contingentes en el presente de los fragmentos reprimidos del pasado. Para Benjamin dichas actualizaciones producen “imágenes dialécticas” o, como explica Ariane Díaz, “constelaciones donde los elementos distantes son puestos a chocar y evitan así darnos la imagen de un desarrollo ‘orgánico’ ya contenido en su origen” (2002, 100). Tiempo-ahora, actualizaciones, memoria, imágenes o constelaciones dialécticas son las categorías en las que quedan expuestas las críticas de una experiencia menguada por la ciencia y convertida en lugar de un conocimiento reductivo de la historia transmitida como secuencia racional, ordenada y selectiva que el sujeto hace del pasado.

Experiencia histórica entre recuerdo y memoria. De la crónica a la narración

Otro texto paradigmático en el que Benjamin vuelve sobre el tema de la pobreza de experiencias para relacionarla con la historia, la memoria y el recuerdo, es su obra *El Narrador*. La matriz interpretativa de dicha obra, como señala muy bien su traductor Pablo Oyarsun (2010), es “la relación entre experiencia y narración” en tanto en ella puede ser examinada

nuevamente la catástrofe que implica la pobreza de experiencia, tal como la hemos descrito hasta aquí. Solo que ahora, esa catástrofe no se ve confirmada por solo la guerra sino por la desaparición del narrador como figura emblemática del arte de narrar y de contar historias. Dicho arte, encarnado en las obras de narradores como Leskov, Hebel o Gotthelf, es reemplazado por los géneros nuevos de la novela y la crónica periodística. Para Benjamin la aparición de estos modos de contar son correlativos de la crisis de experiencia del hombre moderno en tanto implican la desaparición de la narración como diestro ejercicio de una facultad: la facultad de intercambiar experiencias y, con ello, la posibilidad misma de la experiencia como experiencia histórica.

Lo esencial de la experiencia histórica, como de toda experiencia, es lo que Benjamin llama comunicabilidad. La misma no tiene que ver con la comunicación de conceptos, ni con la equivalencia u homologación universal de experiencias como indica Oyarsun (2010, 13), sino con formas de participación en una experiencia común, la cual, sin embargo, no está pre-constituida, sino que deviene común en la comunicación y en virtud de ella. Se trata, para decirlo de otro modo, del medio en el que los sujetos se constituyen inter-subjetivamente en la constante exposición a la alteridad. Y lo fundamental aquí es que la comunicación acontece como intercambio de narraciones. Sin embargo, al igual que el historicismo, reduce la experiencia histórica al hacer del pasado un objeto de contemplación o análisis, la novela o la crónica periodística reducen la facultad de narrar o de intercambiar experiencias a la mera repetición de un relato o un discurso cerrado.

En el arte de narrar, historiador, narrador y cronista permanecen para Benjamin referidos a dimensiones de la memoria que el simple recuerdo de hechos descriptibles no puede expresar. En tal sentido, el tiempo homogéneo del recuerdo es afín al tiempo literario de la novela por cuanto ella se orienta según nuestro autor, a la unidad de una vida, una acción o un personaje, cuyas posibilidades permanecen clausuradas al destino determinado por el relato que se cuenta. La narración en cambio se realiza bajo el tiempo de la memoria y, por tanto, la vida y la acción que en ellas se narran esta siempre abierta al cambio y nuevas experiencia. Ahora bien, ¿es esta memoria que Benjamin adjudica a la narración una memoria histórica? ¿en qué se relaciona con la historiografía materialista que propone como alternativa al historicismo?

Aquí podríamos decir, siguiendo la opinión de Ricoeur (2001), quien atribuye a la memoria una condición matricial, que la historia es siempre una puesta en relato, una escritura del pasado según las modalidades y las reglas de una disciplina. Pero si la experiencia que toma en cuenta la historia nace de la memoria, también se libera de ella, al punto de convertir a la memoria en un objeto de estudio, en un tema más de investigación. La historia del tiempo presente, propia del siglo XX, analiza el testimonio de los actores, e integra las fuentes orales, tanto como archivos y otros documentos escritos. La historia tiene así su nacimiento en la memoria, de la cual es una dimensión, pero ello no impide que la memoria devenga un objeto de la historia. Y contra esto parece querer advertirnos Benjamin cuando compara el arte de narrar con la novela y los informes periodísticos. En estos, la memoria queda anclada a los hechos a los que se ha asistido, siendo testigos o actores y a las impresiones que ha quedado en cada uno. Pero, como pudimos advertir en lo expuesto más arriba, la memoria es cualitativa, singular, poco cuidadosa y no tiene necesidad de pruebas. La narración será así siempre su verdad, dado que ésta no está fija y puede estar en permanente transformación. Retomando la opinión de Benjamin, podemos decir que la memoria se modifica cada día a causa del olvido, que puede reaparecer más tarde de manera diferente a la del primer recuerdo. La memoria es una construcción filtrada por los conocimientos posteriores, por la reflexión o por otras experiencias que se superponen y cambian el recuerdo. Entonces la memoria, individual o colectiva, es una visión del pasado

mediada por el presente.

François Hartog propone la noción de “presentismo”, para describir una situación en la cual el presente se transformó en nuestro horizonte, un presente sin futuro y sin pasado, que engendraría a ambos según sus necesidades. También la Historia, como una parte de la memoria, según Ricoeur, se escribe siempre en presente, aunque pase por otras mediaciones. Justamente de estas mediaciones, que tienen como fin la mediación de la experiencia en la que los sujetos de la historia se piensan narrándose sus experiencias, es donde pone el acento Benjamin. Para él, el narrador tiene la virtud de reescribir la historia humana en la historia natural haciendo posible la emergencia de lo olvidado por la historia universal.

Otro lugar donde se aprecia mejor el sentido que Benjamin confiere al narrador en relación con la historia es en las historias orales. Pero también aquí se presenta una paradoja que la crítica benjaminiana nos ayuda a explicitar. La historia para existir como saber necesita de la distancia de la historiografía científica y, en este sentido, debe emanciparse en cierta forma de la memoria. Sin embargo, dejarla de lado y reducir la experiencia histórica a una sola de sus modalidades quita profundidad y riqueza al trabajo del historiador en tanto narrador del pasado. Como dice E. Hobsbawm, para los historiadores que trabajan fuentes orales, es difícil, pero no imposible encontrar el equilibrio entre empatía y distancia, entre lo singular y la puesta en perspectiva general. No podemos olvidar que historia y memoria, tienen sus propias temporalidades, mientras la memoria es tiempo cualitativo, la historia presenta una continuidad cronológica y lineal. La memoria tiene momentos o etapas que la historia no tiene. En principio hay un acontecimiento significativo, traumático, al que sigue una fase de represión, seguida por una inevitable anamnesis(retorno) y que puede volver en forma de obsesión. Podemos agregar, la existencia de M débiles y M fuertes. La primera atañe a un grupo, es sumamente confusa y permeable a toda presión externa. En cambio la segunda, es la que prevalece, es la voz de los grupos de poder que interactúan, es el pasado de donde los historiadores encuentran sus temáticas y las refuerzan. Por lo tanto es posible afirmar que en la intersección entre historia y memoria se encuentra la política como dimensión del hacer público en el que se constituyen los sujetos y la experiencia histórica.

Reflexiones finales. El trabajo de la memoria

Volviendo a Benjamin podemos concluir con algunas reflexiones que nos suscita su examen de la historia y el método que propone como camino de acceso a la recuperación del pasado, de un pasado que nunca puede abarcarse completamente y que permanece siempre, al mismo tiempo, familiar y extraño al historiador.

Por ello y por lo dicho anteriormente, podemos concluir que aunque la propuesta de Benjamin nos impulsa a mirar con nuevos ojos el pasado y nos invita a una relación con el más abierta y más crítica respecto de los modelos heredados, el contenido más significativo de la misma tiene que ver con asumir que su propuesta se inspira desde el principio en una voluntad política de transformación del presente. Una transformación que no puede ocurrir sin la cita del pasado, especialmente, con las voces de las víctimas de ese pasado, cuya redención depende de nosotros, pues, como dice Benjamin, existe una “cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra”. Y como a cada generación que vivió antes que nosotros, nos ha sido dada una “flaca fuerza mesiánica sobre la que el pasado exige derechos” (*Tesis 2*: 1989, 178). Reavivar esa fuerza es tarea de la historia materialista que se vale de la memoria colectiva y de la acción revolucionaria para cambiar el curso de la historia universal introduciendo en el tiempo homogéneo del discurso oficial, el tiempo pleno del

acontecimiento: tiempo en el que todo está por comenzar y en el que, el pasado, el presente y el futuro, se enlazan o se oponen conformando una imagen dialéctica en la que el pasado puede volver a suceder para reclamar las posibilidades canceladas. En ello consiste pues a nuestro entender el carácter creativo de la experiencia histórica en tanto experiencia con la historia desde las actualizaciones contingentes de la memoria.

Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio (2004) *Infancia e Historia. Destrucción de la experiencia y origen de a historia*, trad. Silvio Mattoni. Buenos Aires: Adriana Hidalgo
- AGUIRRE ROJAS, Carlos A. (2008) "Walter Benjamin y las lecciones de una historia vista a 'contrape-lo'". En: *Archivo Chile*, Revista de CEME (Centro de Estudios Miguel Enriquez)
- BENJAMIN, Walter (1989): *Discursos Interrumpidos I*, trad. Jesús Aguirre. Buenos Aires: Taurus.
- BENJAMIN, Walter (1999): *Para una crítica de la violencia y otros ensayos. Iluminaciones IV*, trad. Roberto Blatt. Madrid: Taurus.
- BENJAMIN, Walter (2010) *El narrador*, trad. Pablo Oyarzun. Santiago de Chile: Metales pesados.
- DÍAZ, Ariane (2002): "Dialéctica e Historia. El marxismo de Walter Benjamin". En: *Teoría/ Dialéctica e Historia*. Mexico, (96-121)
- OYARZUN R., Pablo (2010): "Introducción". En Walter Benjamin: *El narrador*. Santiago de Chile: Metales pesados.
- RICOEUR, Paul (2001) *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. México: Fondo de Cultura Económica.